

**Opinión**

VOTE ESTA NOTICIA



tribuna abierta

## ¿Por qué Europa?

Antonio Machado Carrillo

Afiliado De Upyd | 21.05.2014 | 02:00

Para mucha gente de mi generación, nacida en el 53 y aledaños, Europa era un referente foráneo. Los europeos eran otros, no nosotros. Se hablaba de España y de Europa, con los Pirineos separando ambos universos como una muralla montañosa e impenetrable, que así la dibujaban en los mapas que colgaban en la pared de la escuela. Fui de los afortunados que ya siendo adolescente pude viajar a Alemania o Inglaterra por cuestión de estudios. En los años sesenta y setenta no era tan sencillo ni habitual cruzar el charco como lo es ahora, y la mayoría que lo hacía iba en busca de trabajo. Trabajo, ese bien que vuelve a escasear en los tiempos que corren.

Allí vi y conviví con los europeos, y a pesar de no tener problemas con el idioma, eran muchas las diferencias de bienestar, de higiene y las maneras de hacer las cosas, como para no reafirmar esa sensación o complejo de ser distinto, de ser menos, de venir de extramuros, extramontañas o extraocéanos.

Mi primer encuentro con la Europa que llevamos dentro fue de la mano de Salvador de Madariaga, un pensador que escribía cosas muy lúcidas en sus obras *Prohombres* y *Procosas*. Así, al asistir a una reunión técnica en el Consejo de Europa, en Estrasburgo, tuve una grata sorpresa al toparme con su busto a la entrada de la sala de conferencias. Mucho reflexioné sobre lo que había leído suyo, el lugar dónde estaba, y lo que yo pintaba allí. Y tras la intensa metamorfosis que se generó en mi cerebro, decidí agradecerle ir a comprar un clavel rojo y depositarlo al pie de su efigie. Por cierto, que el humilde homenaje me costó una cifra escandalosa; un solo y simple clavel de los que a patadas se cultivaban entonces en mi isla.

Para entender Europa hay que mirarla como una flecha en el tiempo, con perspectiva histórica y no solo territorial. Decía don Salvador, que en su seno, con toda la suerte de gente distinta, idiomas, y formas de entender la vida, se ha amalgamado una cultura muy potente capaz de producir las ideas más bestias de la historia –y señalaba el genocidio metódico perpetrado por los nazis– y las ideas más avanzadas de civilización y racionalidad aplicadas al bien común, con la Revolución francesa y la Ilustración a la cabeza. Todo ello, y de ahí su valía, en un mismo espacio a la vez convulso y manso, unitario y diverso, esclavista y solidario... vital, en definitiva. A pesar de tanta trifulca, ahí sigue Europa navegando, capeando temporales, innovando y esparciendo su luz, la del intelecto, por toda su geografía y más allá de sus fronteras.

Me viene también al recuerdo unas palabras de Fernando Ordoñez, quien fuera Ministro de Asuntos Exteriores, dichas a la prensa en Barajas, de regreso de un viaje a África.: "¡Qué calentito se está en Europa!" – Fue su primer comentario a pie de avión y en medio de un aguanieve tremendo. Quienes hemos palpado la miseria que campa en determinadas regiones del mundo, entendimos esas palabras sentidas, nacidas quizás del horror contemplado.

Puestos a elegir, no me cabe la menor duda. Elijo Europa, consciente de lo que ha sido, lo que es hoy y del potencial que siempre tendrá por ser precisamente tan diversa y compleja. Y también tengo presente el privilegio que es vivir en la Comunidad Europea. Por eso, ahora me rilla cuando oigo hablar de España y de Europa como si fueran cosas distintas, como si siendo lo primero no se fuera lo segundo; lo mismo que Canarias es España, o Tenerife es Canarias.

Próximo el día fijado para elegir a nuestros representantes en el Parlamento Europeo, debería estar ayudando a hacer campaña a los compañeros del partido en el que, ya mayor, he decidido militar como simple praxis cívica. Sin embargo, aparte de escribir estas líneas, voy a comprar un pincel y pintura de colores. Tengo en casa una matruska traída de Rusia; una de esas muñecas de madera que se abre por la mitad y dentro tiene otra más pequeña y así otra y otra, hasta la más enanita. Empezaré por esa última y le dibujaré los colores de mis isla; blanco y azul; la siguiente con la bandera canaria; luego irá la roja y gualda de España; después la azul de Europa con todas sus estrellitas, y para las dos que quedan, esbozaré primero la superficie de los mares y continentes del planeta, nuestra biosfera, y acabaré con la pieza más grande, pintándola toda oscura y con puntitos representando las estrellas y galaxias del Cosmos.

Así me veo como ciudadano y asumo mi esencia política multiescalar. Esas personas que separan una de las muñecas y se olvidan de las demás, o incluso se empecinan en enfrentarse entre sí, solo pueden estar posesas por el tribalismo, un instinto importante en nuestra historia como humanos, pero a superar en aras a lo que hemos dado en llamar civilización. Y lo civilizado ahora y siempre, es acudir a votar, sea la que sea la muñeca que redobla el tambor.